Crítica para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 9 de Marzo de 1927 No. 78

NINOS: AMAD LAS PLANTAS Y LOS ANIMALES



Una alumna extraordinaria es esta niña. Hace dos años que concurre a la escuela de la calle Lavalle 1700. El primer día que asistió al colegio plantó una plantita, la que desde entonces es cuidada religiosamente por la niña. El lunes pasado, primer día de clase, lo primero que hizo la buena alumna, fué regar su plantita. Niños: imitad su ejemplo.

(INSTRUCCION CIVICA)

LA OBLIGACION ESCOLAR



ENTRE los derechos que la Constitución argentina confiere al habitante de este país, figura el de *enseñar* y *aprender*. Lo ha establecido con el fin de que todos los habitantes de la Nación adquieran los conocimientos necesarios a su bienestar, evitando por este medio la ignorancia tan perjudicial al progreso de los pueblos.

Cuando un pueblo es ignorante, predomina o gobierna la barbarie, como sucede entre los salvajes, y como aconteció entre nosotros en la época en que sólo mandaban los caudillos.

Para impedir esos males, es que la Constitución, al establecer el derecho de enseñar y aprender, ha prescripto también la *obligación escolar*, es decir, la de educarse.

En consecuencia, la Nación ha dictado leyes en que declara que la educación es *obligatoria* y *gratuita*, esto es, que el Estado tiene derecho de exigir que todos los niños en la edad de educarse, deben ir a la escuela, donde se les enseñará sin remuneración alguna.

Esta clase de instrucción, costeada por el Estado, se llama *instrucción pública*, a fin de distinguirla de la *privada*, que es la que los niños reciben en sus casas o en las escuelas particulares. La instrucción pública se ha dividido en *primaria, secundaria* y *superior*.

La primera corresponde a las escuelas costeadas por la Nación en los territorios nacionales, en la Capital de la República y en los departamento de aplicación de las Escuelas Normales nacionales, o en las escuelas a cargo de los Consejos de Educación de las Provincias.

La segunda, a los Colegios Nacionales que funcionan en las provincias y en la Capital Federal, y a los establecimientos de enseñanza particular que siguen el plan de estudios de aquellos colegios. Y la tercera, a las Universidades de Buenos Aires, de Córdoba, de La Plata y del Litoral.

De modo que los niños en las escuelas primarias se preparan para entrar a los colegios de enseñanza secundaria, y en éstos para ingresar a las Universidades, de donde salen abogados, médicos, ingenieros, etc.

Cuando todo esto se ha conseguido de los habitantes de una nación, esa nación puede decir que es grande y progresista, porque todos sus hijos saben leer, escribir, publicar sus ideas por la prensa, conocen sus deberes y derechos, y están en condiciones de criticar los actos de los gobernantes y combatirlos toda vez que falten a la ley.

LAS AVES DEL MAR

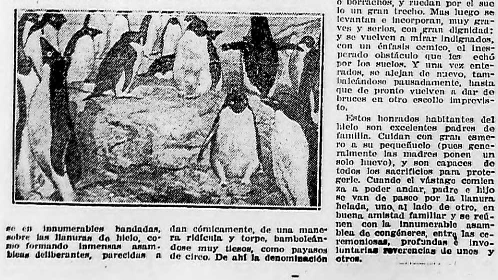
Los Pingüinos

HAY numerosas especies de pingüinos. Una de sus más características es el **Frailecillo**, llamado así porque su continente grave y calmoso, el austero color de sus plumas y su manera de tenerse, le dan un aire monacal y beatífico.

Los pingüinos, vistos de lejos, causan la sorprendente sensación de que son hombres enanos, ventrudos, lentos y ceremoniosos. Su posición perfectamente vertical, el blanco color de sus abultadas panzas, la carencia de cuello, el negro ropaje de su dorso y alas, y la brevedad de éstas, que más bien parecen brazos cortos y torpes, siempre adelantados al cuerpo, dan a los pingüinos — dice un ilustre explorador de la región antártica. — la apariencia de minúsculos caballeros, muy sesudos y graves, vestidos de frac, con la pechera descotada, y a quienes sólo falta un sombrero de copa para asistir a una función de gala. Esta rara impresión de los que aciertan a verlos por primera vez, se complementa con la sociabilidad de los pingüinos y la costumbre que tienen de reunirse en innumerables bandadas, sobre las llanuras de hielo, como formando inmensas asambleas deliberantes, parecidas a los parlamentos constitucionales.

Los pingüinos se conocen también con el nombre de **pájaros bobos**. No vuelan, porque sus alas atrofiadas se lo impiden, pero nadan, o mejor se zambullen admirablemente en el agua, para buscar en ella el sustento propio y el de sus pequeñuelos. Mas cuando están en tierra firme, es decir, sobre el hielo, que es lo más frecuente, los pingüinos andan cómicamente, de una manera ridícula y torpe, bamboleándose muy tiesos, como payasos de circo. **De ahí la denominación** de pájaros bobos, con que se les conoce vulgarmente.





Los exploradores de las regiones árticas suelen distraer sus ocios contemplando, con grandes risotadas, las extrañas peripecias de estos pájaros risibles. Son muy sociables y se acercan al hombre sin dificultad, vagando en torno de los campamentos.

A menudo tropiezan con los accidentes del terreno o los cables que sujetan las tiendas de los exploradores: entonces dan un tumbo tremendo, como clown o borrachos, y ruedan por el suelo un gran trecho. Mas luego se levantan e incorporan, muy graves y serios, con gran dignidad; y se vuelven a mirar indignados, con un énfasis cómico, el inesperado obstáculo que les echó por los suelos. Y una vez enterados, se alejan de nuevo, tambaleándose pausadamente, hasta que de pronto vuelven a dar de bruces en otro escollo imprevisto.

Estos honrados habitantes del hielo son excelentes padres de familia. Cuidan con gran esmero a su pequeñuelo (pues generalmente las madres ponen un solo huevo), y son capaces de todos los sacrificios para protegerle. Cuando el vástago comienza a poder andar, padre e hijo se van de paseo por la llanura helada, uno al lado de otro, en buena amistad familiar y se reúnen con la innumerable asamblea de congéneres, entre las ceremoniosas, profundas e involuntarias reverencias de unos y otros.

Nuestros Grandes Hombres

BERNARDINO RIVADAVIA

Con el propósito de contribuir a la difusión de las virtudes y de los hechos de los grandes argentinos, CRITICA PARA LOS PIBES, publicará en estas columnas una pequeña historia de los hombres que se han hecho acreedores al reconocimiento de sus ciudadanos.

Iniciamos la serie con la biografía de Bernardino Rivadavia, a quien tanto bien debe el país.

> **El perpetuar la memoria de los hombres recomendables es hacer justicia a su mérito, es estimular a los demás a que imiten su ejemplo.**
> **RIVADAVIA**



ESTE eminente ciudadano, "caballero de la ley de los principios", como le ha llamado el doctor Juan M. Gutiérrez, fué un tipo acabado de verdadero hombre de estado, de aquellos que dejan marcada, para siempre, la huella de su paso por el gobierno. Tenía una intuición clara del porvenir del país, y, por eso, muchas de sus reformas, adelantándose a su época no miraban sólo a llenar las necesidades de su tiempo.

No fué Rivadavia un "universitario" como Moreno y Belgrano, pues sólo cursó estudios en el Colegio de San Carlos; pero, dotado de un espíritu amplio y bien nutrido de conocimientos, por continuas lecturas, pudo acrecentarlos, más tarde, durante su estada en Europa ,con la experiencia adquirida al ponerse en contacto con las formas y prácticas gubernamentales. Pudo ,así, disciplinar tan relevantes condiciones, que le permitieron desplegar tales actividades en las tareas del gobierno, del cual era el alma impulsadora, que es justificada la denominación de "época de Rivadavia", aquella



durante la cual prestó al país el tributo de su esfuerzo, y en cuyo progreso, que entreveía grandioso, tuvo una fe inquebrantable.

La provechosa labor de Rivadavia, ya destacada mientras actuó como Secretario del Triunvirato, fué realmente prodigiosa durante el período de 1821 á 1824 como ministro de gobierno de D. Martín Rodríguez. Las reformas abarcaban todas las ramas de la administración: las hubo de carácter económico, educacional, político, militar, religioso, etc.

Quiso dar a la mujer un campo de acción apropiado a sus prendas personales y fundó la "Sociedad de Beneficencia", que aun subsiste, instruyendo también los premios a la Virtud.

Rivadavia, siempre propenso a favorecer la ilustración del pueblo, prestó una atención muy particular a la creación de escuelas e institutos de enseñanza de toda clase. Fundó la Universidad de Buenos Aires y procuró la venida al país de renombrados profesores europeos.

Durante el gobierno de su presidencia tuvo que soportar la campaña de una oposición enérgica sostenida por los hombres del partido federal. Rivadavia habría podido sostenerse en el poder, pero, dándose cuenta que la lucha sería estéril y que resolvería en perjuicios para el país, cuyos sagrados intereses anteponía a toda ambición personal o de partido resolvió retirarse del gobierno. Se marchó a Europa dolorido y decepcionado de las cosas y de los hombres.

En 1834 regresó a Buenos Aires para vindicarse de acusaciones injustas. Al poco tiempo, sin consideración alguna a sus merecimientos, se le ordenó saliera del país. Peregrinó por la República Oriental, Río de Janeiro y Europa, lleno de necesidades hasta el límite de la miseria, él, a quien tanto debía el país, él, el "caballero de la ley".

Hombres como Rivadavia, mártir generoso de su acendrado amor a la patria ,deben vivir eternamente en el corazón de sus conciudadanos, porque su vida es ejemplo y enseñanza.

Nació D. Bernardino Rivadavia en la ciudad de Buenos Aires, el 20 de mayo de 1870. Murió en Cádiz, el 2 de septiembre de 1845. Sus restos fueron repatriados en 1857.

De Pié Pibes: La Campana del Colegio ha Llamado de Nuevo a Clase

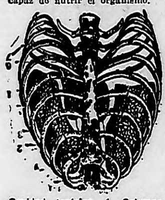


A los que son medio retobones les advertimos que nosotros — los grandes — evocamos con un dulce recuerdo ese instante. Aprovéchenlo bien ustedes que tienen la dicha de vivirlo, ya que en el correr de los años les será necesario evocar el sonido de esa campana, el amplio patio del colegio lleno de sol y la maestra que se desespera para que sus pibes sean los más inteligentes de la escuela

Anatomía, Fisiología e Higiene

Aparato y funciones respiratorias—

La respiración es una de las funciones más premiosas del hombre y de los animales; tiene por objeto convertir la "sangre venosa en sangre roja o arterial", capaz de nutrir el organismo.



Cavidad torácica. 1. Columna vertebral. — 2. Esternón. — 3. Pulmones. — 4. Corazón. — 5. Costilla. — 6. Cartílago. — 7. Cartílago costal

..El "aparato respiratorio (fig. 1) está formado por el "tórax o caja torácica, y los pulmones; estos a su vez, comprenden la "laringe, la traquearteria, los bronquios y los pulmones" propiamente dichos.

El tórax o caja torácica fig. 2) tiene el aspecto de un cono, y en ella están alojados el corazón y los pulmones, separados del abdomen por un músculo llamado "diafragma", que hace las "veces de tabique".

Las costillas, el "esternón" y la "columna vertebral" forman las otras paredes; y los músculos intercostales llenan los espacios que hay entre las primeras.

En el vértice del cono hay otro "agujero", por donde penetran al interior la "traquearteria", el "esófago" vasos y venas importantes".

Después de la boca y las fosas nasales, la "laringe" es el primer órgano por el cual pentra el aire en los pulmones; tiene la forma de embudo y está colocado en el fondo de la boca, delante de la faringe.

En su parte posterior se encuentra una abertura llamada "glotis, por donde penetra el aire, y, sobre ésta, una válvula cartilaginosa llamada "epiglotis", que se abre cuando respiramos y se baja y cierra en el momento de pasar los alimentos por ella, impidiendo que penetren a la tráquea. La laringe es, además, el órgano donde se produce la voz.

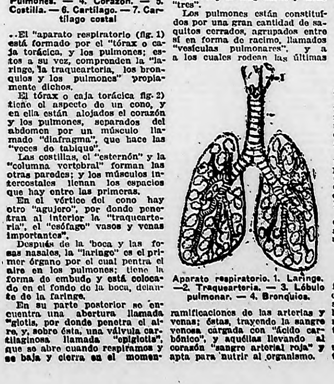
La traquearteria o tráquea simplemente, como se acostumbra decir, es un tubo compuesto por anillos cartilaginosos que, en forma de una O aplanada, se extiende desde la parte inferior de la "laringe" hasta el nacimiento de los "bronquios", penetrando junto con el esófago, y siempre delante de él, en la cavidad torácica.

Los bronquios son dos ttubos parecidos en todo a la tráquea, aunque más delgados; nacen en la terminación de ésta y, separándose, penetran en los pulmones, dode se ramifican en una cantidad inmensa de tubitos muy delgados, los que terminan en las "visículas pulmonares".

Pulmones—

Son dos órganos blandos y esponjosos, de color gris rosáceo, situados dentro de la cavidad torácica. El pulmón izquierdo es más largo que el derecho, y sólo tiene "dos lóbulos", mientras que el derecho es más ancho y tiene "tres".

Los pulmones están constituídos por una gran cantidad de saquitos cerrados, agrupados entre sí en forma de racimo, llamados "vesículas pulmonares", y a los cuales rodean las últimas ramificaciones de las arterias y venas; éstas, trayendo la sangre venosa cargada con "ácido carbónico", y aquéllas llevando al corazón "sangre arterial roja" y apta para nutrir al organismo.



Aparato respiratorio. 1. Laringe. —2. Traquearteria. — 3. Lóbulo pulmonar. — 4. Bronquios.

Los Animales Peligrosos

El pulpo

El pulpo es un animal peligroso, por estar armado de ocho tentáculos provistos de doble fila de ventosas que, a manera de brazos aprisionan los animales y en ciertos casos hasta las personas que se les acercan; suelen alcanzar en los mares de las regiones cálidas un enorme desarrollo. Algunos navegantes refieren haber visto en los mares de la India y en el Mediterráneo, pulpos que medían seis metros de diámetro con los tentáculos extendidos.

Se lo utiliza como alimento,



aunque no vale mucho como tal.

En el pulpo se distingue perfectamente el cuello, de la baboza, y en ésta la boca y lateralmente los ojos bien desarrollados, como en los animales superiores.

En el interior del cuerpo posee un líquido negro del que se sirve para enturbiar el agua y escapar cuando se ve perseguido, lo que es frecuente, pues las ballenas, cachalotes y otros cetáceos lo buscan con afán.

Una de las especies de pulpos, el "Octtupus chuelches" frecuenta mucho nuestras costas marítimas.

—(o)—

CHASCARRILLO

Un pintor retrataba a una señora que tenía la boca muy grande, y como ella, para que pareciese pequeña, fruncía de continuo los labios, alterando así otras líneas de su rostro, le dijo el pintor, por último:

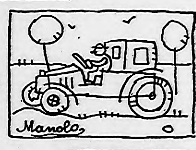
—Señora, no se moleste usted más: que si tiene mucho empeño, también la pintaré sin boca.

COLABORACION INFANTIL

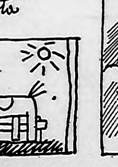












Con la serie de dibujos que insertamos en esta página, CRITICA PARA LOS PIBES inicia una nueva sección, la que estará a disposición de nuestros pequeños colaboradores.

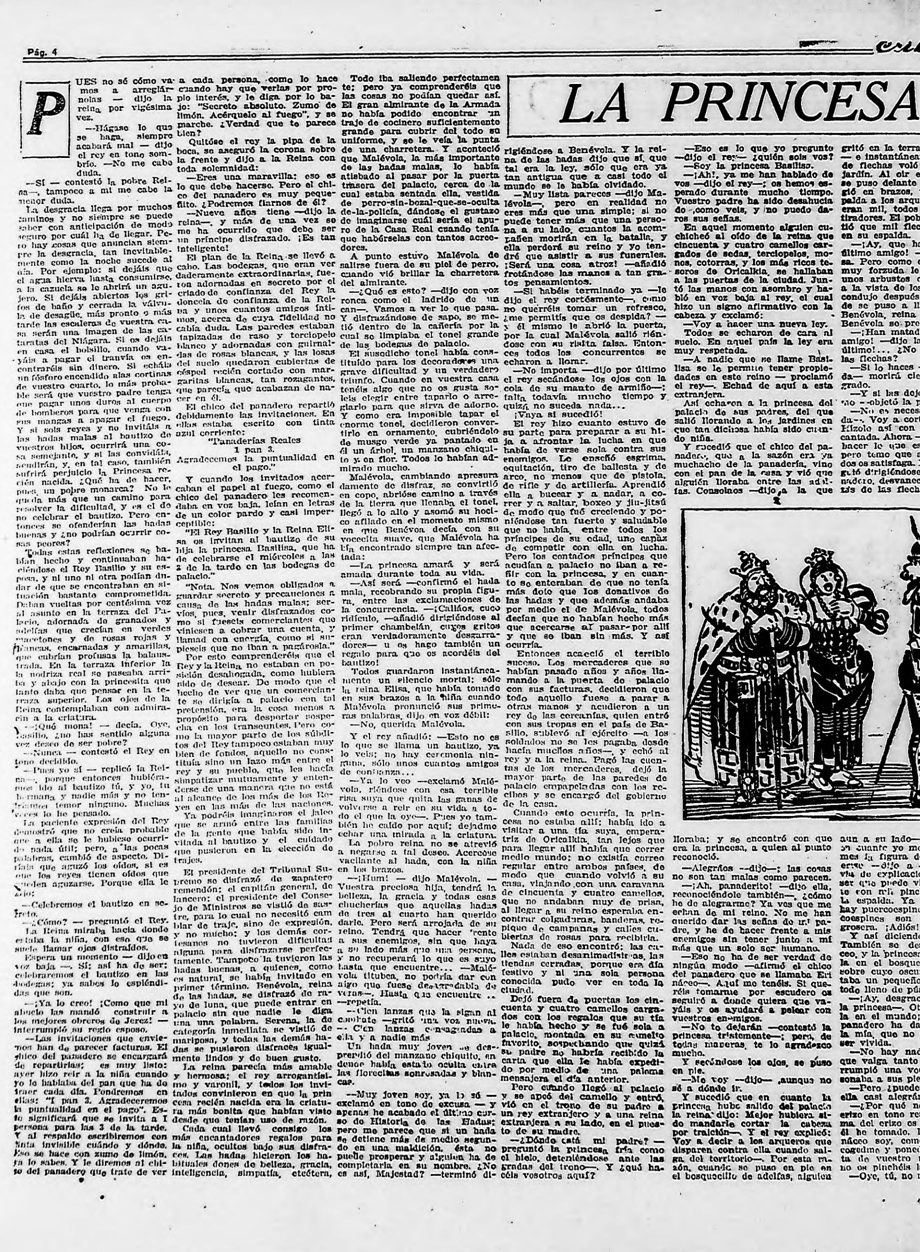
Todos los pibes que deseen, pueden mandarnos sus producciones: de ellas sacaremos las mejores, las que serán publicadas en el número de la semana próxima.

Los dibujos deben venir con el nombre y la dirección del autor o autora, y la edad.

A los cinco niños que durante el mes nos hayan enviado mayor número de colaboraciones, CRITICA PARA LOS PIBES los premiará.

El premio consiste en la publicación, en estas mismas columnas, de las fotografías de los triunfadores. Así que si ustedes desean pasar a la posteridad, trabajen mucho y bien. Sobre todo, bien.

Hasta la semana próxima, pues



LA PRINCESA

PUES no sé cómo vamos a arreglárnolas — dijo la reina por vigésima vez.

—Hágase lo que se haga, siempre acabará mal — dijo el rey en tono sombrío. —No me cabe duda.

—Sí — contestó la pobre Reina—, tampoco a mí me cabe la menor duda.

La desgracia llega por muchos caminos y no siempre se puede saber con anticipación de modo seguro por cuál ha de llegar. Pero hay cosas que anuncian siempre la desgracia, tan inevitablemente como la noche sucede al día. Por ejemplo: si dejáis que el agua hierva hasta consumirse, a la cazuela se le abrirá un agujero. Si dejáis abiertos los grifos de baño y cerrada la válvula de desagüe, más pronto o más tarde las escaleras de vuestra casa serán una imagen de las cataratas del Niágara. Si os dejáis en casa el bolsillo, cuando vayáis a pagar el tranvía os encontraréis sin dinero. Si echáis un fósforo encendido a las cortinas de vuestro cuarto, lo más probable será que vuestro padre tenga que pagar unos duros al cuerpo de bomberos para que venga con sus mangas a apagar el fuego. Y si sois reyes y no invitáis a las hadas malas al bautizo de vuestros hijos, ocurrirá una cosa semejante, y si las convidáis, acudirán, y, en tal caso, también sufrirá perjuicio la Princesa recién nacida. ¿Qué ha de hacer, pues, un pobre monarca? No le queda más que un camino para resolver la dificultad, y es el de no celebrar el bautizo. Pero entonces se ofenderían las hadas buenas y ¿no podrían ocurrir cosas peores?

Todas estas reflexiones se habían hecho y continuaban haciéndose el Rey Basilio y su esposa, y ni uno ni otra podían dudar de que se encontraban en situación bastante comprometida. Daban vueltas por centésima vez al asunto en la terraza del Palacio, adornada de granados y adelfas que crecían en verdes macetones y de rosas rojas y blancas, encarnadas y amarillas, que cubrían profusas la balaustrada. En la terraza inferior la la nodriza real se paseaba arriba y abajo con la princesita que tanto daba que pensar en la terraza superior. Los ojos de la Reina contemplaban con admiración a la criatura.

—¡Qué mona! — decía. Oye, Basilio, ¿no has sentido alguna vez deseo de ser pobre?

—Nunca — contestó el Rey en tono decidido.

—Pues yo sí — replicó la Reina—, porque entonces hubiéramos ido al bautizo tú, y yo, tu hermana, y nadie más y no tendríamos temor ninguno. Muchas veces lo he pensado.

La paciente expresión del Rey demostró que no creía probable que a ella se le hubiese ocurrido nada útil; pero, a las pocas palabras, cambió de aspecto. Diríais que aguzó los oídos, si es que los reyes tienen oídos que pueden aguzarse. Porque ella le dijo:

—Celebremos el bautizo en secreto.

—¿Cómo? — preguntó el Rey.

La Reina miraba hacia donde estaba la niña, con eso que se suele llamar ojos distraídos.

Espera un momento — dijo en voz baja —. Sí; así ha de ser; celebraremos el bautizo en las bodegas; ya sabes lo espléndidas que son.

—¡Ya lo creo! ¡Como que mi abuelo las mandó construir a los mejores obreros de Jerez! — interrumpió su regio esposo.

—Las invitaciones que enviemos han de parecer facturas. El chico del panadero se encargará de repartirlas; es muy listo: ayer hizo reír a la niña cuando yo le hablaba del pan que ha de traer cada día. Pondremos en ellas: "1 pan 3. Agradeceremos la puntualidad en el pago". Esto significará que se invita a 1 persona para las 3 de la tarde. Y al respaldo escribiremos con tinta invisible cuándo y dónde. Eso se hace con zumo de limón, ya lo sabes. Y le diremos al chico del panadero que trate de ver a cada persona, como lo hace cuando hay que verlas por propio interés, y le diga por lo bajo: "Secreto absoluto. Zumo de limón. Acérquelo al fuego", y se marche. ¿Verdad que te parece bien?

Quitóse el rey la pipa de la boca, se aseguró la corona sobre la frente y dijo a la Reina con toda solemnidad:

—Eres una maravilla; eso es lo que debe hacerse. Pero el chico del panadero es muy pequeñito. ¿Podremos fiarnos de él?

—Nueve años tiene —dijo la reina—, y más de una vez se me ha ocurrido que debe ser un príncipe disfrazado. ¡Es tan inteligente!

El plan de la Reina se llevó a cabo. Las bodegas, que eran verdaderamente extraordinarias, fueron adornadas en secreto por el criado de confianza del Rey la doncella de confianza de la Reina y unos cuantos amigos íntimos, acerca de cuya fidelidad no cabía duda. Las paredes estaban tapizadas de raso y terciopelo blanco y adornadas con guirnaldas de rosas blancas, y las losas del suelo quedaron cubiertas de césped recién cortado con margaritas blancas, tan rozagantes, que parecía que acababan de nacer en él.

El chico del panadero repartió debidamente las invitaciones. En ellas estaba escrito con tinta azul corriente:

"Panaderías Reales
1 pan 3.
Agradecemos la puntualidad en el pago."

Y cuando los invitados acercaban el papel al fuego, como el chico del panadero les recomendaba en voz baja, leían en letras de un color pardo y casi imperceptible:

"El Rey Basilio y la Reina Elisa os invitan al bautizo de su hija la princesa Basilisa, que ha de celebrarse el miércoles a las 3 de la tarde en las bodegas de palacio."

"Nota. Nos vemos obligados a guardar secreto y precauciones a causa de las hadas malas; servíos, pues, venir disfrazados como si fueseis comerciantes que viniesen a cobrar una cuenta, y llamad con energía, como si supieseis que no iban a pagárosla."

Por esto comprenderéis que el Rey y la Reina no estaban en posición desahogada, como hubiera sido de desear. De modo que el hecho de ver que un comerciante se dirigía a palacio con tal pretensión, era la cosa menos a propósito para despertar sospecha en los transeuntes. Pero como la mayor parte de los súbditos del Rey tampoco estaban muy bien de fondos, aquello no constituía sino un lazo más entre el rey y su pueblo, que les hacía simpatizar mutuamente y entenderse de una manera que no está al alcance de los más de los Reyes en las más de las naciones.

Ya podréis imaginaros el jaleo que se armó entre las familias de la gente que había sido invitada al bautizo y el cuidado que pusieron en la elección de trajes.

El presidente del Tribunal Supremo se disfrazó de zapatero remendón; el capitán general, de lancero; el presidente del Consejo de Ministros se vistió de sastre, para lo cual no necesitó cambiar de traje, sino de expresión, y no mucho; y los demás cortesanos no tuvieron dificultad alguna para disfrazarse perfectamente. Tampoco la tuvieron las hadas buenas, a quienes, como es natural, se había invitado en primer término. Benévola, reina de las hadas, se disfrazó de rayo de luna, que puede entrar en palacio sin que nadie le diga una una palabra. Serena, la de categoría inmediata se vistió de mariposa, y todas las demás hadas se pusieron disfraces igualmente lindos y de buen gusto.

La reina parecía más amable y hermosa; el rey arrogantísimo y varonil, y todos los invitados convinieron en que la princesa recién nacida era la criatura más bonita que habían visto desde que tenían uso de razón.

Cada cual llevó consigo los más encantadores regalos para la niña, ocultos bajo sus disfraces. Las hadas hicieron los habituales dones de belleza, gracia, inteligencia, simpatía, etcétera.

Todo iba saliendo perfectamente; pero ya comprenderéis que las cosas no podían quedar así. El gran almirante de la Armada no había podido encontrar un traje de cocinero suficientemente grande para cubrir del todo su uniforme, y se le veía la punta de una charretera. Y aconteció que Malévola, la más importante de las hadas malas, lo había atisbado al pasar por la puerta trasera del palacio, cerca de la cual estaba sentada ella, vestida de perro-sin-bozal-que-se-oculta-de-la-policía, dándose el gustazo de imaginarse cuál sería el apuro de la Casa Real cuando tenía que habérselas con tantos acreedores.

A punto estuvo Malévola de salirse fuera de su piel de perro, cuando vió brillar la charretera del almirante.

—¿Qué es esto? —dijo con voz ronca como el ladrido de un can—. Vamos a ver lo que pasa. Y disfrazándose de sapo, se metió dentro de la cañería por la cual se limpiaba el tonel grande de las bodegas de palacio.

El susodicho tonel había constituído para los decoradores una grave dificultad y un verdadero triunfo. Cuando en vuestra casa tenéis algo que no os gusta soléis elegir entre taparlo o arreglarlo para que sirva de adorno. Y como era imposible tapar el enorme tonel, decidieron convertirlo en ornamento, cubriéndolo de musgo verde ya pantado en él un árbol, un manzano chiquito y en flor. Todos lo habían admirado mucho.

Malévola, cambiando apresuradamente de disfraz, se convirtió en copo, abrióse camino a través de la tierra que llenaba el tonel, llegó a lo alto y asomó su hocico afilado en el momento mismo en que Benévoa decía con su vocecita suave, que Malévola había encontrado siempre tan afectada:

—La princesa amará y será amada durante toda su vida.

—Así será —confirmó el hada mala, recobrando su propia figura, entre las exclamaciones de la concurrencia. —¡Callãos, cuco ridículo, —añadió dirigiéndose al primer chambelán, cuyos gritos eran verdaderamente desgarradores— u os hago también un regalo para que os acordéis del bautizo!

Todos guardaron instantáneamente un silencio mortal; sólo la reina Elisa, que había tomado en sus brazos a la niña cuando Malévola pronunció sus primeras palabras, dijo en voz débil:

—No, querida Malévola.

Y el rey añadió: —Esto no es lo que se llama un bautizo, ya lo veis; no hay ceremonia ninguna, sólo unos cuantos amigos de confianza...

—Ya lo veo —exclamó Malévola, riéndose con esa terrible risa suya que quita las ganas de volverse a reir en su vida a todo el que la oye—. Pues yo también he caído por aquí; dejadme echar una mirada a la criatura.

La pobre reina no se atrevió a negarse a tal deseo. Acercóse vacilante al hada, con la niña en los brazos.

—¡Hum! — dijo Malévola. — Vuestra preciosa hija, tendrá la belleza, la gracia y todas esas chucherías que aquellas hadas de tres al cuarto han querido darle. Pero será arrojada de su reino. Tendrá que hacer frente a sus enemigos, sin que haya a su lado más que una persona, y no recuperará lo que es suyo hasta que encuentre... —Malévola titubea, no podría dar con algo que fuese desagradable de veras—. Hasta que encuentre .. —repetía.

—Cien lanzas que la sigan al combate —gritó una voz nueva. —Cien lanzas consagradas a ella y a nadie más

Un hada muy joven se desprendió del manzano chiquito, en donde había estado oculta entre las florecitas sonrosadas y blancas.

—Muy joven soy, ya lo sé — exclamó en tono de excusa — y apenas he acabado el último curso de Historia de las Hadas; pero me parece que si un hada se detiene más de medio segundo en una maldición, ésta no puede prosperar y alguien ha de completarla en su nombre. ¿No es así, Majestad? —terminó dirigiéndose a Benévola. Y la reina de las hadas dijo que sí, que tal era la ley, sólo que era ya tan antigua que a casi todo el mundo se le había olvidado.

—Muy lista pareces —dijo Malévola—, pero en realidad no eres más que una simple; si no puede tener más que una persona a su lado, cuantos la acompañen morirán en la batalla, y ella perderá su reino y yo tendré que asistir a sus funerales. ¡Será una cosa atroz! —añadió frotándose las manos a tan gratos pensamientos.

—Si habéis terminado ya —le dijo el rey cortésmente—, como no querréis tomar un refresco, ¿me permitís que os despida? — y él mismo le abrió la puerta, por la cual Malévola salió riéndose con su risita falsa. Entonces todos los concurrentes se echaron a llorar.

—No importa —dijo por último el rey secándose los ojos con la cola de su manto de armiño—; falta todavía mucho tiempo y quizá no suceda nada...

¡Vaya si sucedió!

El rey hizo cuanto estuvo de su parte para preparar a su hija a afrontar la lucha en que había de verse sola contra sus enemigos. Le enseñó esgrima, equitación, tiro de ballesta y de arco, no menos que de pistola, de rifle y de artillería. Aprendió ella a bucear y a nadar, a correr y a saltar, boxeo y jiu-jitsú de modo que fué creciendo y poniéndose tan fuerte y saludable que no había, entre todos los príncipes de su edad, uno capaz de competir con ella en lucha. Pero los contados príncipes que acudían a palacio no iban a reñir con la princesa, y en cuanto se enteraban de que no tenía más dote que los donativos de las hadas y que además andaba por medio el de Malévola, todos decían que no habían hecho más que acercarse al pasar por allí y que se iban sin más. Y así ocurría.

Entonces acaeció el terrible suceso. Los mercaderes que se habían pasado años y años llamando a la puerta de palacio con sus facturas, decidieron que todo aquello fuese a parar a otras manos y acudieron a un rey de las cercanías, quien entró con sus tropas en el país de Basilio, sublevó al ejército —a los soldados no se les pagaba desde hacía muchos años—, y echó al rey y a la reina. Pagó las cuentas de los mercaderes, dejó la mayor parte de las paredes de palacio empapeladas con los recibos y se encargó del gobierno de la casa.

Cuando esto ocurría, la princesa no estaba allí; había ido a visitar a una tía suya, emperatriz de Oricalkia, tan lejos que para llegar allí había que correr medio mundo; no existía correo regular entre ambos países, de modo que cuando volvió a su casa, viajando con una caravana de cincuenta y cuatro camellos, que no andaban muy de prisa, al llegar a su reino esperaba encontrar colgaduras, banderas, repique de campanas y calles cubiertas de rosas para recibirla.

Nada de eso encontró; las calles estaban desanimadísimas, las tiendas cerradas, porque era día festivo y ni una sola persona conocida pudo ver en toda la ciudad.

Dejó fuera de puertas los cincuenta y cuatro camellos cargados con los regalos que su tía le había hecho y se fué sola a palacio, montada en su camello favorito, sospechando que quizá su padre no habría recibido la carta que ella le había expedido por medio de una paloma mensajera el día anterior.

Pero cuando llegó al palacio y se apeó del camello y entró, vió en el trono de su padre a un rey extranjero y a una reina extranjera a su lado, en el puesto de su madre.

—¿Dónde está mi padre? — preguntó la princesa fría como el hielo, deteniéndose ante las gradas del trono—. Y ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Eso es lo que yo pregunto —dijo el rey— ¿quién sois vos?

—Soy la princesa Basiliso.

—¡Ah!, ya me han hablado de vos —dijo el rey—; os hemos esperado durante mucho tiempo. Vuestro padre ha sido desahuciado, como veis, y no puedo daros sus señas.

En aquel momento alguien cuchicheó al oído de la reina que cincuenta y cuatro camellos cargados de sedas, terciopelos, monos, cotorras, y los más ricos tesoros de Oricalkia, se hallaban a las puertas de la ciudad. Juntó las manos con asombro y habló en voz baja al rey, el cual hizo un signo afirmativo con la cabeza y exclamó:

—Voy a hacer una nueva ley.

Todos se echaron de cara al suelo. En aquel país la ley era muy respetada.

—A nadie que se llame Basilisa se le permite tener propiedades en este reino — proclamó el rey—. Echad de aquí a esta extranjera.

Así echaron a la princesa del palacio de sus padres, del que salió llorando a los jardines en que tan dichosa había sido cuando niña.

Y sucedió que el chico del panadero, que a la sazón era ya muchacho de la panadería, vino con el pan de la casa y vió que alguién lloraba entre las adelfas. Consolaos —dijo a la que lloraba; y se encontró con que era la princesa, a quien al punto reconoció.

—Alegráos —dijo—; las cosas no son tan malas como parecen.

—¡Ah, panaderito! —dijo ella, reconociéndole también—, ¿cómo he de alegrarme? Ya ves que me echan de mi reino. No me han querido dar las señas de mi padre, y he de hacer frente a mis enemigos sin tener junto a mí más que un solo ser humano.

—Eso no ha de ser verdad de ningún modo —afirmó el chico del panadero que se llamaba Erináceo—. Aquí me tenéis. Si queréis tomarme por escudero os seguiré a donde quiera que vayáis y os ayudaré a pelear con vuestros enemigos.

—No te dejarán —contestó la princesa tristemente—; pero, de todas maneras, te lo agradezco mucho.

Y secándose los ojos, se puso en pie.

—Me voy —dijo— ,aunque no sé a dónde ir.

Y sucedió que en cuanto la princesa hubo salido del palacio la reina dijo: Mejor hubiera sido mandarle cortar la cabeza por traición—. Y el rey explicó: Voy a decir a los arqueros que disparen contra ella cuando salga del territorio—. Por esta razón, cuando se puso en pie en el bosquecillo de adelfas, alguien

gritó en la terra[...]
— e instantánea[...]
de flechas voló [...]
jardín. Al oir e[...]
se puso delante [...]
gió en brazos, [...]
palda a los arque[...]
eran mil, todos [...]
tiradores. El pob[...]
tió que mil flec[...]
en su espalda.
—¡Ay, que ha[...]
último amigo! —[...]
sa. Pero como e[...]
muy forzuda le [...]
unos arbustos q[...]
a la vista de los[...]
condujo después [...]
de se puso a ll[...]
Benévola, reina [...]
Benévola se pres[...]
—¡Han matado[...]
amigo! —dijo la[...]
último!... ¿No [...]
las flechas?
—Si lo haces —[...]
da— morirá cie[...]
grado.
—Y si las dejo[...]
mo —objetó la p[...]
—No es necesa[...]
da—. Voy a cort[...]
Hízolo así con [...]
cantada. Ahora —[...]
hacer lo que es[...]
pero temo que a[...]
dos os satisfaga. [...]
guió dirigiéndose[...]
nadero, desvanec[...]
tás de las flecha[...]

aun a su lado—[...]
en cuanto yo mo[...]
mes la figura de[...]
erizo —dijo a [...]
vía de explicació[...]
ser que puede vi[...]
te con mis pinch[...]
la espalda. Ya [...]
hay puercoespine[...]
coespines son [...]
grosera. ¡Adiós! [...]
Y así diciendo[...]
También se des[...]
ceo, y la princesa[...]
la en el bosquec[...]
sobre cuyo oscur[...]
taba un pequeño[...]
todo lleno de pú[...]
—¡Ay, desgraci[...]
la princesa—. Ot[...]
la en el mundo; [...]
panadero ha da[...]
la mía, que no [...]
ser vivida.
—No hay nad[...]
que valga tanto [...]
rrumpió una voc[...]
sonaba a sus pie[...]
—Pero ¿puedes[...]
ella casi alegrán[...]
—¿Por qué no[...]
erizo en tono res[...]
ma del erizo os [...]
él he tomado. [...]
náceo soy, como[...]
cogedme y poned[...]
ta de vuestro [...]
no os pinchéis l[...]
—Oye, tú, no n[...]

SA Y EL ERIZO

la terraza—: ¡Allí está!
tantáneamente una lluvia
has voló por encima del
Al oír el grito Erináceo
delante de ella, y la co-
brazos, volviendo la es-
los arqueros del rey, que
il, todos ellos excelentes
s. El pobre panadero sin-
mil flechas se clavaban
spalda.
, que han muerto a mi
amigo! —gritó la prince-
o como era una princesa
rzuda le llevó detrás de
bustos que le ocultaban
ta de los de palacio y le
después al bosque, don-
uso a llamar a gritos a
a, reina de las hadas; y
n se presentó:
n matado a mi único
—dijo la princesa—; ¡al
.. ¿No podré arrancar
has?
o haces —contestó el ha-
orirá ciertamente desan-
 las dejo, morirá lo mis-
jetó la princesa.
es necesario —dijo el ha
oy a cortarlas un poco—.
así con su navajita en-
Ahora —añadió— voy a
que esté en mi mano,
no que a ninguno de los
tisfaga. Erináceo — prosi
igiéndose al chico del pa-
desvanecido entre las as-
las flechas, amontonadas
u lado—: te ordeno que
te yo me desvanezca to-
figura de un erizo. El
dijo a la princesa por
explicación— es el único
puede vivir cómodamen-
mil pinchos clavados en
da. Ya sé que también
rcoespines, pero los puer
s son gente viciosa y
¡Adiós!
diciendo se desvaneció.
a se desvaneció Erina-
princesa se encontró so-
l bosquecillo de adelfas,
yo oscuro suelo se agi-
pequeño erizo terroso y
o de púas.
desgraciada! —exclamó
esa—. Otra vez estoy so-
mundo; el chico del
o ha dado su vida por
que no vale la pena de
da.
hay nada en el mundo
ga tanto la pena —inte-
una vocecilla débil que
a sus pies.
¿puedes hablar? —dijo
alegrándose.
r qué no? —contestó el
tono resuelto—. La for-
erizo es lo único que de
omado. Por dentro, Eri-
oy, como antes lo era;
y ponedme en una pun-
vuestro manto para que
inchéis las manecitas.
tú, no me eches piropos

—dijo la princesa—; ni a un erizo le están permitidas ciertas libertades.

—Lo siento, princesa —contestó el erizo—, pero no lo puedo evitar. Sólo dicen mentiras los seres humanos; las demás criaturas dicen verdad. Ahora que yo tengo lengua de erizo, no puedo decir más que la verdad. Y la verdad es que os amo más que al mundo entero.

—Bueno —dijo la princesa pensativa—, puesto que eres un erizo, voy a suponer que puedes quererme y yo también te querré como a un perrito o como a un pececito de oro. ¡Pobre ericito mío!

—No —dijo el erizo—, acordaos de que soy el chico del panadero; muchacho por mi entendimiento y por mi alma, mi cualidad de erizo es sólo de piel para afuera. Cogedme, princesita querida, y vámonos a buscar fortuna.

—Creo que a quien debiéramos buscar es a mis padres —propuso la princesa—. Sin embargo...

Cogió el erizo, lo envolvió en una punta de su manto y se pusieron en marcha a través del bosque.

Aquella noche durmieron en la cabaña de un leñador. El leñador era muy bondadoso e hizo una preciosa cajita de haya para llevar el erizo. Aseguró a la princesa que los más de los súbditos de su padre eran leales todavía, pero que nadie se atrevería a pelear por él, porque tendrían entonces que pelear por la princesa, y aunque mucho deseaban hacerlo, la maldición de Malévola les aseguraba que sería inútil.

Metió la princesa al erizo en su cajita y se puso otra vez en marcha, preguntando en todas partes por su padre y su madre, y después de muchas aventuras, que no tengo tiempo de contar, los encontró al cabo, viviendo muy humildemente en una descarriada quinta. Alegráronse mucho de verla, pero al enterarse de que se proponía recuperar el reino, le dijo el rey:

—Lo que es yo, hija mía, no he de molestarme; te aseguro que no he de molestarme. Somos aquí completamente felices. A mí me queda la pensión que corresponde a los monarcas destronados, y tu madre se ha hecho una verdadera mujer de su casa.

Ruborizóse de gusto la reina, y dijo: Gracias marido; pero si consigue Basilisa echar a ese malhadado usurpador, segura estoy de que seré una reina mucho mejor que antes lo he sido. He asistido a las clases nocturnas de una escuela del hogar y domino ya perfectamente la economía doméstica.

Besó la princesa a sus padres y salió al jardín para pensar en todo aquello. Pero el jardín era muy chico, y estaba lleno de ropa tendida. En vista de ello, salió al camino, pero el camino estaba lleno de polvo que levantaban los transeuntes. Preferible, era, pues, la ropa tendida, por lo cual volvió al jardín y se sentó sobre la hierba en una avenida blanca de manteles y servilletas. Entonces sacó al erizo de la cajita. Estaba hecho una bola, pero ella le tocó en el trocito de frente lisa que siempre encontraréis si observais con cuidado a un erizo que esté hecho una bola, y el erizo se estiró y dijo:

—Debo de haberme quedado dormido, princesa. ¿Me necesitáis ?

—Eres la única persona que lo sabe todo acerca de todas las cosas —contestó ella—. Nada he dicho a mi padre y a mi madre de lo de las flechas. ¿Te parece que he hecho bien?

Erináceo se sintió halagado al ver que pedían su opinión, mas por desgracia no tenía opinión ninguna que dar.

—Eso es cosa vuestra princesa —contestó—; yo no he prometido más que hacer todo lo que pueda hacer un erizo. No es gran cosa. Desde luego puedo morir por vos, pero me parece que sería inútil.

—En absoluto —afirmó ella.

—Me gustaría ser invisible —dijo él quedándose pensativo.

—¡Ay! ¿dónde estás? —exclamó Basilisa, viendo que el erizo se había disipado.

—Aquí —contestó un vocecita aguda—. No podéis verme, pero yo puedo ver todo lo que quiera, y ahora ya me doy cuenta de lo que se ha de hacer. Voy a meterme en la caja, mientras vos os disfrazáis de vieja ama de llave francesa, con excelentes informes y contestáis al anuncio que ese maldito rey hizo insertar ayer en el "Diario del Usurpador".

La reina ayudó a la princesa a disfrazarse, cosa que nunca hiciera si hubiese llegado a saber lo de las flechas; y el rey dió a su hija algún dinero procedente de su pensión, para que tomase billete y volviese con presteza en el tren a su propio reino.

El rey usurpador admitió en seguida al ama de llave francesa para que enseñase a su cocinero a leer libros franceses de cocina, ya que las mejores recetas están en francés. Claro que no se le pasaba por las mientes que pudiera ser la princesa, oculta bajo un disfraz de ama de llaves. Las lecciones de francés tenían lugar por la mañana de 6 a 8 y por la tarde de 2 a 4; el ama de llaves podía disponer a su antojo del tiempo restante. Lo empleaba paseando por los jardines de palacio, y hablando con su invisible erizo. Trataban de todas las cosas del mundo y sus alrededores, y el erizo era el mejor compañero imaginable.

—¿Cómo te hiciste invisible? —preguntó ella un día y él contestó:

—Me figuro que debió de ser por obra de Benévola yo sólo sé que cada cual logra sus deseos si sabe desear con fuerza bastante.

Pasados cincuenta y cinco días, exclamó el erizo:

—Ahora, querida princesa, voy a empezar a trabajar para que recobréis vuestro reino.

Al día siguiente el rey bajó a almorzar todo enfurecido y con la cara cubierta de vendas.

—Este palacio está embrujado —dijo—; durante la noche, una espantosa pelota llena de púas ha botado sobre mi rostro. Encendí un fósforo y no vi nada.

—¡Qué tontería! —contestó la reina—. Habrá sido en sueños.

Pero a la mañana siguiente ella fué la que bajó con toda la cara vendada. Y a la otra noche, otra vez se puso a botar sobre la cara del rey la pelota llena de púas. Y luego otra vez sobre la reina. Después botó sobre los dos, hasta tal punto que no pudieron pegar los ojos y tuvieron que permanecer despiertos sin pensar en otra cosa que en su desgracia. Y a cada cinco minutos cuchicheaba una vocecita:

—¿Quién usurpó el reino? ¿Quién mató a la princesa? —hasta que el rey y la reina empezaron a lamentarse lastimosamente.

Por último la reina dijo: Lo cierto es que no debíamos haber matado a la princesa—; Y el rey añadió—: Eso mismo pensaba yo.

Al otro día dijo el rey: No sé en qué estábamos pensando cuando nos quedamos en este reino. ¡Si teníamos un reino de primera clase que era nuestro sólo!

—Eso mismo pensaba yo —dijo la reina.

Por entonces sus manos y sus brazos, sus cuellos, cara y oídos estaban todos lacerados, y los pobres reyes no podían tenerse de sueño.

—Vamos a ver —dijo el rey— si arreglamos esto. Escribamos a Basilio y digámosle que puede volver a encargarse de su reino cuando quiera. Yo ya estoy de él hasta la coronilla.

—Ni yo tampoco —dijo el rey.

—Pues mandad venir al ama de llaves francesa —prosiguió la voz.

—Llama a la campanilla, hijo mío —dijo la reina—. Segura estoy de que cuanto dice es cierto. Debe de ser la voz de la conciencia. Muchas veces he oído hablar de ella, pero nunca la había oído hablar a ella misma.

El rey tiró del cordón de la campanilla, todo lleno de riquísimas piedras preciosas, y diez magníficos lacayos vestidos de verde y oro aparecieron inmediatamente.

—Haced el favor de decir a Mademoiselle que suba —dijo la reina.

Los diez magníficos lacayos vestidos de verde y de oro encontraron al ama de llaves junto al pilón de mármol, dando de comer a los peces, e inclinando sus diez espaldas verdes, le dieron el mensaje de la reina. El ama de llaves, que, en opinión de todo el mundo era siempre amabilísima, acudió sin perder momento al cuartito de raso escarlata en que el rey y la reina solían sentarse para almorzar: casi era imposible reconocerlos: tantas eran las vendas que llevaban.

—¿Qué ordenan Sus Majestades? — preguntó la supuesta francesa haciendo una reverencia.

—La voz de la conciencia —dijo la reina— nos ha dicho que os mandemos a buscar. ¿Hay en los libros franceses alguna receta para resucitar princesas? Si la hay haga el favor de traducírnosla.

—Una conozco —dijo la princesa algo pensativa—, y es muy sencilla. Tómese un rey, una reina y la voz de la conciencia; pónganse en un cuarto escarlata para almorzar huevos, café y pan tostado; añádase un ama de llave francesa de tamaño natural. El rey y la reina deben estar enteramente llenos de pinchazos y cubiertos de vendas, con lo cual la voz de la conciencia se dejará oír claramente.

—¿Nada más? —preguntó la reina.

—Nada más — contestó el ama de llaves, — salvo que el rey y la reina han de tener otras dos vendas que les cubran los ojos, sin quitárselas hasta que la voz de la conciencia haya contado cincuenta y cinco, yendo muy despacio.

—¡Si tuvierais la bondad —suplicó la reina— de vendarnos con estas servilletitas... ¡Unicamente os ruego que tengáis cuidado al atarlas, por que tenemos la cara llena de heridas y la cifra real bordada de encargo en perlas de aljófar es muy dura y podría lastimarnos.

—Lo haré con todo cuidado — contestó amabilísima el ama de llaves.

En cuanto el rey y la reina tuvieron los ojos vendados, la "Voz de la conciencia" empezó a contar: uno, dos, tres..., y Basilisa se quitó el difraz, porque bajo el severo traje de alpaca con pintas azules y moradas de ama de llaves francesa llevaba el sencillísimo traje tejido con hilo de plata de cuando era princesa. Metió la alpaca en la chimenea, la peluca gris en tetera, y escondió los mitones en la cafetera y las botas de elásticos en el depósito de carbón, terminando en el momento mismo en que la "Voz de la conciencia" decía:

—Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro cincuenta y cinco... — y se paraba.

El rey y la reina se quitaron las vendas, y allí, tan buena y tan sana, con los claros ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y sonriente la boca, vieron a la princesa, a quien creían haber dado muerte con las mil flechas de sus mil arqueros.

Antes de que tuviesen tiempo de decir una palabra, la princesa exclamó:

—Buenos días Majestades. Siento que hayáis tenido malos sueños. Yo también los tuve. Tratemos de olvidarlos. Espero que os quedaréis algún tiempo en mi palacio. Bienvenidos seáis en él. Lástima que tengáis tantas heridas.

—Las merecemos —dijo la reina—, y tenemos que deciros que hemos oído la voz de la conciencia, y os rogamos que nos perdonéis.

—Ni una palabra más —dijo la princesa—; permitidme que tome un poco de te, recién hecho. Y unos huevos también: éstos están fríos y la huevera se ha volcado. Tendremos que mandar hacer otro almuerzo. Siento mucho que tengáis la cara tan estropeada.

—Si los besáis —dijo la voz que el rey y la reina llamaban de la conciencia—, sus caras dejarán de estar estropeadas.

—¿Permitís? —preguntó Basilisa, y besó al rey en la oreja y a la reina en la nariz, únicas partes que sobresalían entre tanta venda. E instantáneamente los dos se sintieron curados.

El almuerzo fué delicioso: después el rey mandó que la Corte se reuniera en el salón del trono, y, una vez allí, anunció que habiendo venido la princesa a reclamar su reino, ellos se volvían al suyo el jueves, en el tren de las 3 y 17.

Todos empezaron a dar vivas como si estuviesen locos y la ciudad entera se engalanó e iluminó aquella noche: todas las casas tenían colgaduras, las campanas todas repicaban, tal como la princesa se había imaginado que iba a ocurrir cuando volviera de su viaje con los cincuenta y cinco camellos. Se le devolvieron también todos los tesoros que había traído y hasta los mismos camellos.

El rey usurpador y la reina, despedidos en la estación por la princesa, se separaron de ella con verdadero sentimiento: ya veis que no eran del todo malos de corazón, pero no habían tenido ocasión aun de advertirlo y la voz de la conciencia fué quien les hizo reparar en ello.

Entregaron a la princesa todas las facturas provistas de recibí que empapelaban la mayor parte de las paredes de palacio, en pago de su estancia en él. Cuando se fueron, la princesa expidió este telegrama:

"Sr. D. Basilio Rey,
En el destierro.

Servíos venir en seguida. Palacio vacante, inquilinos dejáronlo.

Basilisa."

Llegaron inmediatamente. A su llegada la princesa les contó toda la historia y ellos la besaron, colmándola de elogios y llamándola libertadora suya y salvadora de su país.

—Yo no he hecho nada —dijo ella—; ha sido Erináceo quien lo ha hecho todo y...

—Pero las hadas dijeron —interrumpió el rey, que nunca encontraba ocasión de mostrarse inteligente— que no recuperarías el reino mientras no tuvieses cien lanzas consagradas a ti y sólo a ti.

—Cien lanzas tengo en mi espalda —dijo entonces una aguda vocecilla—, y todas ellas están consagradas a la princesa y a nadie más.

—Silencio! —exclamó el rey irritado—. Esa voz que sale de la nada me pone nervioso.

—Tampoco yo me puedo acostumbrar a ella —dijo la reina—. Mandaremos construir una jaula de oro para el animalito, pero si supierais cuánto desearía yo que fuese visible...

La princesa rompió a llorar.

—Pero no podéis seguir siendo un erizo toda la vida —exclamó—. Eso no está bien; yo no lo puedo sufrir. ¡Oh, mamá! ¡Oh, papá! ¡Oh, Benévola!

Y allí veríais a Benévola como una figurilla resplandeciente, con alas de mariposa azul y una corona de rayos de luna.

—¿Qué pasa? — preguntó. — ¿Qué pasa?

—Mirad —exclamó la princesa sin dejar de llorar—, he expresado todos los deseos de mi vida y sigue siendo un erizo! ¿No podéis hacer algo?

—Yo no puedo —dijo el hada—, pero tú sí. Tus besos son besos encantados. ¿No te acuerdas de cómo curaste al rey y a la reina todas las heridas que les causó el erizo botando y rebotando sobre sus caras durante varias noches?

—Pero no puedo besar a un erizo —interrumpió la reina—; sería muy inconveniente y además podría lastimarse.

El erizo alargó su carita puntiaguda y la princesa lo cogió con sus manos: había aprendido desde mucho tiempo atrás a hacerlo sin lastimarse ni lastimarle. Y mirando sus ojillos brillantes,

—Quisiera besarte en cada una de tus mil flechas —dijo— para que lograra lo que deseas.

—Bésame una sola vez —dijo él— sobre la piel suave; eso es todo lo que deseo, y con ello me basta para vivir y morir.

Lo atusó ella la piel de la cabeza y le besó en la frente, donde la piel es suave, precisamente en el lugar donde comienzan las púas.

E instantáneamente se encontró con las manos puestas en los hombros de un mancebo y con los labios en la frente de él, precisamente en el lugar donde el cabello empieza. Y a sus pies estaba esparcido un montón de astas de flecha.

Hízose ella atrás y le miró.

—Erináceo —dijo—, sois muy diferente del chico del panadero, al parecer.

—Mientras fuí erizo invisible —contestó él—, lo supe todo: ahora he perdido toda aquella sabiduría y sólo sé dos cosas. Una que soy hijo de un rey. Me robó siendo niño un panadero sin principios y soy en realidad el hijo del rey usurpador, sobre cuya cara me puse a botar durante la noche; es lastimoso botar sobre la cara del padre de uno cuando se tiene el cuerpo lleno de púas; pero yo lo hice, princesa, por vos, y lo hice también por mi padre. Y ahora voy a su lado a contárselo todo y a pedirle que me perdone.

—¿Os vais? — preguntó la princesa—. ¡Ah, no os vayáis! ¿Qué haré yo sin mi erizo?

Erináceo permanecía ante ella con toda la gallardía de un príncipe.

—¿Qué otra cosa recordáis de vuestra sabiduría de erizo? — preguntó la reina llena de curiosidad. Y Erináceo contestó, no a ella sino a la princesa:

—Lo otra cosa, princesa, es que os amo.

—¿Y no hay una tercera, Erináceo? —dijo la princesa bajando los ojos.

—Sí la hay, pero esa vos la habéis de decir y no yo.

—¡Oh! —dijo la princesa, un poco desconcertada. Entonces sabéis que yo también os amo...

—Los erizos son animales muy sabios —dijo Erináceo—, pero yo no lo supe hasta que vos me lo dijisteis.

—¿Que yo os lo dije?

—Cuando besasteis mi carita puntiaguda, princesa —dijo Erináceo—, entonces lo supe.

—Pues a casarse tocan —dijo el rey.

—Eso es —confirmó Benévola. — pero yo no invitaría a nadie a la boda.

—Excepto a vos, buena hada —dijo la reina.

—Bueno; así como así, pasaba cerca de la casa... No hay tiempo como el presente, —exclamó Benévola en tono jovial—. ¿Por qué no mandáis que se pongan ahora mismo a tocar las campanas para la boda?

PERSONAJES CELEBRES

ALEJANDRO MAGNO, REY DE MACEDONIA

Ofrecemos hoy a nuestros pequeños lectores la continuación de la historia de Alejandro Magno, rey de Macedonia, cuya publicación iniciamos en nuestro número del 23 de febrero.

Carácter y condiciones de Alejandro Magno

Fué Alejandro Magno un hombre verdaderamente colosal. Físicamente era vigorosísimo y de presencia arrogante; moralmente poseía talento extraordinario, ilustración grandísima, generosidad rayana en el despilfarro, magnanimidad regia, capacidad sin par para el gobierno, valor temerario. Ni César, ni Aníbal ni ningún otro capitán famoso antiguo ni moderno puede compararsele en lo atrevido y vasto de sus planes ni en la rapidez para ejecutarlos, ni ningún estadista ha habido que tuviere la alteza y latitud de sus miras, ni la grandiosidad de sus proyectos políticos, ni que poseyera sus extraordinarias dotes para mandar y gobernar a los hombres y hacerse querer de ellos. La madre de Darío, que había sufrido la muerte de su padre, de su marido, de ochenta hermanos suyos asesinados en un solo día por Artajerjes III, y la prisión, destronamiento y muerte de su hijo Darío y la destrucción de su imperio, no pudo soportar la muerte de Alejandro, y se dejó morir de hambre por no sobrevivirle.

En su juventud fué educado por el célebre filósofo Aristóteles, a quien se lo confió su padre Filipo, diciéndole: "No doy tanto gracias a Dios por haber tenido un hijo como por haber permitido que nazca en tu tiempo." Ya desde muy niño demostró sus dotes extraordinarias, domando al fiero caballo "Bucéfalo" en presencia de toda la corte. Su padre lo abrazó en esa ocasión, diciéndole: "Busca otro reino, hijo mío, pues el de Macedonia es chico para tí." En una batalla que su padre Filipo, de vuelta de una expedición en Escita, sostuvo contra los tribalos (*), hubiera perdido la vida sin el valor de alejandro, que se precipitó a cubrirlo con su escudo y a rechazar a los enemigos que lo acometían; y en la batalla de Queronea, contra los tebanos, se acreditó Alejandro como capitán mandando el ala izquierda, que tuvo que habérselas con la famosa legión sagrada tebana, y como combatiente realizando mil hazañas por su propia persona.

Su magnanimidad le hacía no ofenderse por esos mil agravios que las almas vulgares no perdonan. Antes de emprender sus campañas en Asia no quiso pasar por Corinto sin hacer una visita a Diógenes, que de todos los filósofos y hombres notables de Grecia, era el único que no le había felicitado. Diógenes era un filósifo de los llamados cínicos, que tenía a gala el despreciar todas las cosas del mundo y que había adoptado un tonel por vivienda. Al presentársele Alejandro y preguntarle si necesitaba algo, pues en todo estaba dispuesto a concederle lo que quisiera, habiéndole contestado Diógenes que lo único que quería era que se le quitase de delante porque le privaba del sol, exclamó Alejandro: "Si yo no fuese Alejandro, querría ser Diógenes"; y al entrar después de la batalla le Issos en la tienda en que estaban la madre, mujer e hijas de Darío, como se arrojasen éstas a los pies de su íntimo amigo Efestion, que lo acompañaba, y a quien tomaron por él por la estatura y el aspecto, lejos de manifestarse ofendido, dijo a Sisigambis, la madre de Darío, cuando ella, advertida de su error por un esclavo, le pidió que las perdonase: "No os habéis equivocado, madre mía, pues este es también Alejandro." Este Efestion murió muy poco antes que Alejandro, y éste, en señal de duelo y para honrar los manes de su amigo, hizo apagar el fuego sagrado en toda el Asia, destruir los muros de Ecbatana, y levantar una pirámide funeraria con los restos de la de Bablionia. Encantado por las valientes y enérgicas razones con que contestó a sus preguntas el rey Poro, a quien hizo prisionero en la batalla que riñó con él a orillas del Hidaspo, le dejó su reino, le colmó de honores y agasajos, y lo convirtió en el más adicto y fiel de sus aliados. Antes de emprender sus campañas fué a consultar el oráculo de Delfos; y como la pitonisa no quisiera aquel día sentarse en el trípode, y Alejandro pretendiera obligarla a ello por fuerza, exclamó ella: "¡Hijo mío: nada puede resistírsete!" "Basta —contestó Alejandro:— esas palabras son la respueta del oráculo!"

Después de la conquista de Persia y sus dependencias, imitó a sus reyes en la magnificencia; y aunque su frugalidad y su resistencia al frío, al calor y a la fatiga eran extraordinarias y sus necesidades ningunas, hizo que en su mesa y en su servicio se desplegase toda la riqueza y el fausto de los monarcas orientales. Tenía 360 mujeres en su serallo, infinidad de esclavos, 2.000 guardias espléndidamente vestidos, de los cuales 500, que eran macedonios, llevaban escudos de plata. Su trono era de oro y estaba colocado bajo un soberbio pabellón sostenido por ocho pilares del mismo metal. Con la gente de guerra era en extremo dadivoso. A sus soldados macedonios les distribuyó 44.000 talentos (48 millones de duros, cantidades conmísimas teniendo en cuenta el valor de los metales en aquel tiempo.

Alejandro, como todos los grandes conquistadores, era de ideas cosmopolitas. Con los griegos era griego; con los persas, persa; con los egipcios, egipci. Poco le importaban la procedencia de sus generales y de sus soldados siempre que fueran buenos combatientes. En las tropas con que llevó a cabo la expedición a la India, que le puso en posesión de vastísimos territorios en que habían de dos mil ciudades, eran muchos más los griegos europeos, isleños y asiáticos, los fenicios, los persas, los bactrianos y otras gentes, que los macedonios. Pretendía fusionarse a todos los pueblos de su imperio estimulando y patrocinando las alianzas matrimoniales de sus lugartenientes y sus soldados con las mujeres de las naciones sometidas por sus armas.

Tenía el proyecto de trasladar muchedumbre de asiásticos a Europa y de europeos al Asia para colonizar las muchas ciudades cuya fundación tenía asimismo concebida. El dominio sobre todo del mar Mediterráneo conquistando toda la Libia, España, Italia, Sicilia, Cerdeña y las Baleares; la construcción de seis templos magníficos en diferentes lugares de esas comarcas, y de un monumento funerario a su padre Filipo, superior en grandeza a la mayor de las pirámides de Egipto, eran otras tantas empresas que formaban parte de sus gigantescos planes, descubiertos después de su muerte entre sus apuntes, y que nadie sino él hubiera podido realizar. Para extender el conocimiento de la lengua griega en Asia, llevó más de tres mil actores y músicos de diferentes comarcas de la Hélada, los cuales divulgaron efectivamente los gustos, las costumbres y la cultura helénica por todo el continente asiático, hasta muy dentro de la India.

No hay ejemplo de revolución en el mundo semejante a la producida por las conquistas y empresas de Alejandro Magno. El Oriente y el Occidente, que hasta entonces habían estado aislados y sin comunicación entre sí, entraron en relaciones, estableciéndose un comercio marítimo y terestre sumamente activo de las remotas regiones de la India y China con el Asia Occidental, Africa y Europa. Dilatáronse extraordinariamente los dominios de la geografía, confirmándose en la práctica la noción sobre la redondez de la tierra, que hasta entonces no había salido de las regiones de la teoría; el horizonte de las ciencias todas se amplió por el mutuo contacto entre civilizaciones radicalmente distintas, cada una de las cuales aportaba su contingente de conocimientos. En fin, el reinado de Alejandro Magno y sus empresas, que no fueron sino el complemento y episodio final de las guerras Médicas, representan un momento importantísimo, decisivo, en la historia del género humano.

PARA LEER

CASTIGO DE LOS NIÑOS

No se debe ridiculizar al niño. El instinto de conservación es la ley más importante de la naturaleza. Por consiguiente, el niño a quien se ridiculiza se rebelará. Luchará por sostener sus ideas cuando son mal interpretadas.

Los padres no deben acusar a un niño de desobediencia hasta estar seguros de que es culpable.

Explíquese bien y con calma que el castigo es el resultado de no haber obedecido. Nunca se debe castigar con cólera. Saber dominarse es el deber más grande de los padres para poder dar el ejemplo.

Hágase entender al niño lo mal que ha hecho y el disgusto que causa a sus padres obligándoles a castigarlo. Al dar muestras de arrepentimiento debe perdonársele y no mencionar más el incidente.

LA VIDA DE LOS PAJAROS

Un sabio ornitólogo italiano, Vincenti Ramano, acaba de publicar un interesante estudio sobre la duración de la vida de los pájaros.

Según se desprende de sus observaciones, el cuervo llega a vivir cien años, la alondra veinte, el canario diez y ocho, el buho diez y seis... En cambio los pájarros de lujo, criados a fuerza jaros de lujo, criados en preciosas jaulas, suelen vivir... ¡tres o cuatro años...!

CURIOSIDADES DE LOS PRESIDENTES DE NORTE AMERICA

De los treinta presidentes de los Estados Unidos, quince fueron hijos de agricultores, cinco de clérigos, dos de abogados, tres de comerciantes, uno de manufacturero de hierro, uno de curtidor, uno de alguacil (tinterillo), uno de hombre de Estado y uno de jurista.

Quince presidentes han sido descendientes de inglés, uno de galo, tres de escocés, seis de escocés-irlandés y dos de holandés.

Ocho de los presidentes han sido graduados en colegio.

Diez y nueve presidentes han sido abogados al tiempo de elección.

Sólo dos presidentes han sido agricultores.

Ocho presidentes han nacido en Virginia.

Seis presidentes fueron los únicos solteros electos a la presidencia.

Lincoln y MacKinley fueron asesinados cuando desempeñaban la presidencia. Dick Lawrence, un pintor de casas, trató de matar a Andrew Jackson en el en el Capitollo en 1835, afortunadamente la pistola no disparó.

EN AUSTRALIA

COMO VIVEN LOS NINOS DE OTRAS RAZAS

Continuamos aquí la publicación de las interesantes narraciones que de su viaje alrededor del mundo hizo el tío Manuel a sus sobrinos. El tío Manuel cuenta ahora sus andanzas por Australia.

—Siguiendo nuestro viaje — continuó don Manuel —, llegamos en poco tiempo al gran continente del Mar del sur, a la gran colonia inglesa autónoma, que tiene ante sí un brillante porvenir. Me refiero a Australia, el país de la lana, donde se cuentan por millones las cabezas de ganado vivo y por millares las toneladas de lana, que exporta, procedente, mucha de ella, de ganados descendientes de un rebaño de carneros merinos, que el rey de España regaló, a mediados del siglo XVIII, al gobierno holandés.

—Allí hay grandes ciudades en las que no falta ninguno de los detalles de la arquitectura y de la higiene moderna, como, por ejemplo, Adelaida, Sidney... — dijo el chico geógrafo.

—Precisamente la primera población que visité yo — repuso don Manuel — fué Siwney, "la ciudad reina", como la llaman sus habitantes, y jamás olvidaré el grandioso panorama que se ofreció a mi vista. Pero, como no se trata aquí de hacer descripciones, porque sería el cuento de nunca acabar, vamos a lo nuestro qué son los chicos de aquel país. En estas grandes poblaciones, la vida infantil es exactamente igual a la europea. Hay magníficos colegios, de los cuales os hablaré en otra ocasión, soberbios paseos y espléndidos alrededores, verdaderos paraísos adonde se van las familias los domingos, porque en las poblaciones se cierra todo, respetándose rigurosamente el descanso dominical. Los deportes juegan gran papel en la vida australiana, tanto infantil como en las edades mayores. Hay carreras de caballos muy famosas y grandes partidas de cricket, que se celebran en locales mucho más grandes que las plazas de toros, y en cuanto a instrucción, abundan los colegios las escuelas al aire libre y las escuelas de cocina, porque las mamás australianas consideran muy acertadamente que las niñas deben llegar a ser unas señoras de su casa, conocedoras de todas las faenas domésticas. En una escuela de cocina que yo visití, había unos cartelones que decían, en inglés, naturalmente: "Lo que es digno de hacerse, debe hacerse bien." "Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio", lo cual está muy bien dicho. Está allí tan cuidada la cuestión de la educación, que eixsten escuelas en los bosques, a las que acuden los niños de los contornos, y es muy frecuente ver por los caminos tres o cuatros hermanitos de ambos sexos montados en un caballo camino de la escuela, sin que les acompañe ninguna persona mayor. No es extraño que con tal educación los juegos sean un poco violentos; en Australia gusta la fuerza, y en las discusiones infantiles, un vigoroso puñetazo es un argumento decisivo.

—¿Y no hay allí salvajes? — preguntó Juanita.

—Salvajes, no, en el sentido que damos nosotros a ese nombre. Hay indígenas, a los que generalmente se les da el nombre de aborígenes, aunque aborigen quiere decir originario del suelo en que vive; más, no sé por qué, en vez de llamarse a los australianos indígenas, se les denomina así.

—Entonces, ¿nosotros somos aborígenes de España? — preguntó Paquito.

—Claro que sí. Pero suspendamos esta digresión. Los aborígenes australianos son unos hombres rudos que viven de la caza, empleando para ella el bumerang, consistente en una hoja de madera encarnada y muy dura, de forma de yatagán excesivamente curvado, que se lanza después de haberla dado vueltas en sentido vertical y que vuelve a la mano del que la despide. Esto ejercicio desconcertante requiere una seguridad de mano extraordinaria, y hay australianos que poseen una destreza maravillosa.

—Pero, ¿vuelve a la mano del que la ha disparado después de haber dado en el blanco? — preguntó Paquito, desconfiado.

—Claro que no. El bumerang vuelve a la mano del tirador cuando éste yerra el tiro, pero si da a la pieza, la hiere y pierde la fuerza inicial. No ha faltado quien ha asegurado lo contrario, y, como podéis comprender, un arma que tuviera esas condiciones le faltaría muy poco para traer la caza a manos del cazador, lo cual sería el ideal de los cazadores. Los chiquillos australianos echan los dientes, como suele decirse, jugando con el bumerang, y llegan a poseer esa destreza maravillosa en sù manejo. El bumerang ha de ser la base de su sustento y no se ocupan de otra cosa. Ni siquiera de lavarse, porque es gente bastante puerca, y, además, muy borracha. Yo estuve en unas minas donde había muchas familias indígenas, y puedo deciros que el barro formaba parte principal de su vestido, que no tiene nada de complicado. Les compré algunas armas indígenas, pagándoles en aguardiente, y se lo bebieron a escape el marido, la mujer y varios chicos. El negocio terminó poniéndose todos a cantar como locos. Por lo demás, es buena gente.

LA CASITA Y EL ARBOL



He aquí la solución del entretenimiento que publicamos en nuestro número de la semana pasada. Como se ve, la construcción de la casita y el árbol era una tarea sumamente fácil.

NUESTRO CONCURSO DEL CUENTO SIN FINAL

Lectorcitos amigos: He aquí una oportunidad de ganarse una libra esterlina que les ofrece* CRITICA PARA LOS PIBES. *Este es el cuento del Concurso sin final correspondiente a esta semana. Todos los pibes que deseen tomar parte en nuestro concurso deberán escribir la terminación que se les ocurra. La terminación que resulte aceptada, que lo será la mejor, será publicada en nuestro número próximo, y su autor o autora, recibirá la libra esterlina de premio. Las respuestas deben ser dirigidas a la dirección de* CRITICA PARA LOS PIBES, *Sarmiento 1546.

UNA vez era un sabio que se había retirado del mundo para conocer el sentido oculto de las cosas. Vivía solitario en su retiro. Alrededor de su casita tenía toda especie de flores, bambúes y otros árboles. La casa estaba completamente escondida en la espesura. No tenía a su servicio más que a un muchacho, que vivía en una cabaña aparte. No podía entrar sin que su señor le llamase. El sabio amaba las flores como a su vida. No ponía nunca los pies más allá de los límites de su jardín.

Una vez, era una hermosa noche de Primavera, flores y árboles estaban en todo su esplendor; soplaba un viento fresco y había luna clara. El sabio estaba sentado ante un vaso de vino y disfrutaba de la vida.

De pronto vió, a la luz de la luna, a una muchacha que venía hacia él. Le hizo una profunda reverencia, le saludó y dijo:

—Soy tu vecina. Somos una sociedad de muchachas que vamos de camino para visitar a las diez y ocho tías. Quisiéramos descansar un poco y mis compañeras me envían a pedirte que nos permitas entrar.

El sabio notó que se trataba de algo extraordinario y accedió de buena gana. La muchacha le dió las gracias, y se fué.

A poco llegó un tropel de muchachas con flores y ramos. Eran lindas y finas de cara, esbeltas y delicadas de cuerpo. Cuando se agitaban sus mangas, desprendían un delicioso perfume. Nada semejante puede haber en el mundo de los hombres.

El sabio las invitó a que se sentasen un rato. Luego preguntó:

—¿Con quién tengo el honor de hablar? ¿Venís del castillo del hada luna o de la fuente néfrita de la reina madre del Oeste?

—Nosotras no podemos vanagloriarnos de tan alta procedencia — dijo sonriendo una muchacha vestida de verde —. Yo soy Flor de Sauce.

Luego presentó a una vestida de blanco, y dijo:

—Esta es la señorita Flor de Ciruelo.

Después presentó a una vestida de rosa, y dijo:

—Esta es la señorita Flor de Melocotonero.

Finalmente a una vestida de rojo:

—Y ésta es Flor de Granado. Somos hermanas y vamos a visitar a las diez y ocho tías del céfiro. Esta noche es la luna muy linda y en el jardín se está muy bien. Te agradecemos mucho que nos hayas acogido en tu casa.

—Bien, bien — dijo el sabio.

De pronto la criada, vestida de oscuro, anunció:

—Las tías del céfiro han llegado también.

Inmediatamente las muchachas se pusieron de pie y salieron a su encuentro hasta la puerta.

—Precisamente íbamos a visitar a las tías — dijeron riéndose —. Este señor nos ha invitado a sentarnos un poco. ¡Que bien que las tías hayan venido también aquí! Hoy hace una hermosa noche y vamos a beber una copa a la salud de las tías.

Y ordenaron a la sirvienta que trajese el servicio

—¿Podemos sentarnos aquí?— dijeron las tías.

—El dueño de casa es muy bueno — respondieron las muchachas — y el sitio es tranquilo y escondido.

Luego les presentaron al sabio. Este dirigió unas palabras afectuosas a las tías, que tenían algo de vacilante y aéreo. Sus palabras brotaban con ímpetu y en su proximidad se sentía un soplo helado.

Entretanto la sirvienta había traído mesa y sillas. Las diez y ocho tías estaban sentadas arriba; les seguían las muchachas y el sabio se sentó a su lado, en el sitio más bajo. Al poco tiempo la mesa estaba llena de los más delicados manjares y de magníficas frutas. Un vino aromático llenaba las copas. Eran goces que el mundo de los hombres no conoce. La luna brillaba clara y limpia y de las flores se desprendían perfumes deliciosos. Cuando el vino las hubo alegrado, las muchachas empezaron a bailar y a cantar. Los cantos sonaban deliciosos en la noche clara. Las muchachas, en sus danzas, parecían mariposas volando en torno de las flores. El sabio estaba tan encantado, que no sabía si se hallaba en el cielo o en la tierra.

Terminado el baile, las muchachas volvieron a sentarse a la mesa y bebieron a la salud de las tías. También bebieron a la salud del sabio y éste les contestó con finas palabras.

Pero las diez y ocho tías eran un poco ligeras. Además el vino comenzaba a hacer su efecto. Por eso, al alzar una de ellas la copa, la mano le tembló un poco, y antes de que se diese cuenta, vertió un poco de vino en el vestido de Flor de Granado. Esta, que era joven, vehemente y limpia de conciencia, se levantó indignada de ver manchado de vino su vestido rojo.

—¡Sois demasiado imprudente! — dijo colérica —. Las otras hermanas os tienen miedo, pero yo no os temo.

Entonces se incomodaron también las tías y dijeron:

—¿Cómo se atreve a ofendernos esta chiquilla?

Alzaron sus vestidos y se levantaron. Todas las muchachas las rodearon, diciéndoles:

—Flor de Granado es muy joven y no tiene experiencia. Ha bebido y no sabe lo que hace. No se lo toméis a mal. Mañana irá a veros con una vara y recibirá el castigo que dispongáis.

Pero las diez y ocho tías no quisieron escucharlas y se fueron. Luego se despidieron también las muchachas, que se diseminaron por el jardín y desaparecieron. El sabio se quedó un buen rato sumido en sus ensueños.

A la noche siguiente volvieron todas las muchachas.

—Vivimos todas en tu jardín — le dijeron —. Todos los años nos hacen sufrir mucho los vientos perversos. Por eso les pedimos a las diez y ocho tías que nos amparen. Ayer las ofendió Flor de Granado y tememos que en lo sucesivo no quieran ayudarnos. Tú siempre has sido bueno para nosotras, las hermanas; y de todo corazón te lo agradecemos. Por eso te dirigimos una súplica, y es que todos los años, el día de año nuevo, hagas una bandera de color escarlata y pintes en ella el sol, la luna y los cinco planetas, y la coloques al Este del jardín. Con eso viviremos tranquilas las hermanas y estaremos libres de todo sufrimiento. Pero como esta vez ya ha pasado el día de año nuevo, te rogamos que la coloques el veintiúno de este mes, que es cuando viene el viento del Este. La bandera nos defenderá contra él.

El sabio lo prometió de buen grado y todas las muchachas dijeron al mismo tiempo:

—Te damos las gracias por tu bondad. Ya te lo pagaremos.

Dicho ésto se fueron y un suave perfume se difundió por todo el jardín.

El sabio confeccionó la bandera y cuando el día indicado empezó a soplar en efecto el viento del Este, la colocó aprisa en el jardín.

De repente se alzó un tremendo huracán de viento que hacía doblarse los árboles de los bosques y los quebraba. Unicamente las flores del jardín no se movían.

Para Entretenerse

Entre amigos:

—Oye, Luis, mira a esta estúpida.

—¡Hombre, por Dios, si es mi hermana!

—¿Ah, sí? ¡Qué distracción! ¡No es tupida!

• • •

Entre niños peras:

—Pocholo, ¿qué plan tienes para esta tarde?

—Voy al velódromo.

—¿Y tú, Batata?

—Iré al autódromo.

—¿Y tú, Palomo?

—Yo voy a ver a mi tío Jeromo.

• • •

Una señora de cierta edad pregunta a un guardia de la porra:

—Oiga usted, guardia, ¿puedo pasar?

Y el guardia, distraído y mirándola detenidamente contesta:

—¡Señora, hace diez años todavía... pero ahora...!

• • •

—¿Por qué se desencadenó la guerra europea?

—Porque los beligerantes eran todos unos curiosos: los unos querían Ver-dún y los otros Berlín.

CUPON N.º 10

Concurso de cuentos

(Para incluir con las terminaciones del

(N.º 11)

Nombre ....

....

Dirección ....

....

Edad ....

....

RESULTADO DEL DECIMO CONCURSO PARA LOS PIBES

Tal como ocurrió con los anteriores concursos de "cuento sin final", el número cinco, que publicamos en CRITICA PARA LOS PIBES del miércoles próximo pasado, mereció especial atención de parte de nuestros amiguitos. Lo mismo que en las ocasiones anteriores han sido numerosos los finales que nos han enviado, y la mayoría de ellos muy acertados. La libra esterlina ha correspondido esta vez a un pibe. Tiene 15 años de edad y se llama Luis Juan Módica Martínez.

El final que nos envió, y que publicamos a continuación, es muy ajustado a la terminación original de nuestro cuento.

Y entonces pude notar que ese terror, ese miedo era mucho más verdadero que el que sentí en el instante en que pude oir el trágico fin de Caperucita al ser devorada por el lobo, comparándolo con las causas de sustos graves en los cuentos que me relataban, y más sincero de lo que en los cuentos puede ser razón de un profundo terror...

Si; luego de reflexionar, con esa filosofía incierta propia de los niños como yo, descubrí en mí ese temor en la realidad tenebrosa, que en los cuentos se leen tan a menudo, que quisiera imitar a su héroe al arrostrar los peligros, si éstos fueran posible de suceder.

Por eso escucho en silencio cada cuento que la buena Ramona nos relata, aunque su argumento fuera de lo más inverosímil; comprendiendo cuán imposible es el suceder esos milagros, esas extraordinarias aventuras, esos encantos espontáneos por hadas y enanos endiablados, esas metamorfosis repentinas de humanos en animales, espero con impaciencia el final; si, el final; ¡y cómo no comprendería yo lo imposible de esas inverosimilitudes, que así mismo, no dejaban de encerrar sabias moralejas, las que tomo muy bien en cuenta, que gravo en mi cerebro como con letras de fuego!

Aunque no confiaba mucho de las razones de mi sentido común estaba seguro de que tanto el bien como el mal es algo tan natural en un ser humano, que, tratando yo de no equivocarme en ninguno de mis hechos no sabría imaginarme si indeliberadamente estuviese haciendom mal; en lo que a ésto me hace recordar, es el caso aquél del obsequio que ofrendé al hijo del zapatero.

Era algo que no llegaba yo a penetrar.

Verdaderamente que yo hacía el bien porque me era tarea fácil hacerlo, y no me explicaba el por qué de la malicia incorruptible de alguno de mis semejantes:mas claro está que no a todos les es dado cumplir su misión de un modo estrictamente filantrópico, más hay quiénes fían de su contraproducencia de una manera clandestina.

De los tantos cuentos que oía de los labios de mi madre, como de los del maestro Don Eduardo y de la misma Ramona, lo que he podido sacar en limpio es que es mucho más fácil castigar el mal que compensar el bien; que ningún favor ha sido hecho inútilmente y que por una mala acción hecha, débese pedir perdón al agraviado.

Además de todo ésto, puedo hacer notar que me jacto de no haber tenido nunca un grave cargo de conciencia; y así mismo lo digo parécome ser algo tan natural esa despreocupación inocente, como el mismo deseo de vivir; para la conciencia no hay crimen que no parezca grande, ni culpa que no quede impune; de quien sólo oigo el llamado infaltable y de quien escucho y sigo órdenes al pie de la letra; y lo he pensado tanto como para comprender el valor de tan fácil predisposición; y cuántas veces nos ha dicho el enérgico y filósofo Don Eduardo, cuando alguien no hace las cosas tan bien como hubiera podido hacerlas: "Responded sin vacilar, al llamado de vuestra conciencia".

Y, así, mi carácter circunspecto lo debo a esa filosofía ignorada a que he sido inclinado desde niño.

No me quejo: Creo gozar en parte de la bendición del cielo, tengo amigos y leo, y tengo la certeza de que eso es algo suficiente para sentirme feliz, cosa que sé porque lo he leído no se donde o que he oído o se me ha sido dicho no recuerdo por quién.

Dotado, yo también, de una seriedad única, que me distingue de los demás amigos, que me conceden una importancia que se me envidia.

Hay veces, empero, que olvido que no soy más que un simple niño; me pongo a razonar a solas acerca de lo sucedido durante el día, y sobre todos los cuentos que me han parecido dignos de pensarlos bien; me acuerdo entonces de que "yo soy sólo yo" y que porque "yo soy yo" no hay derecho a ser "yo" igual a todos los que son más que "yo".

Lo que también es cierto, es que mucha gente me cree de mucha más edad de la que en realidad tengo: muy a menudo oigo la frase esa, — cuando un amigo o pariente habla con mi padre, y la conversación recae sobre mí, — "A decir verdad, representa mucho más". Eso es verdad, y me río de mi mismo, cuando recuerdo mis pensamientos de otrora: me preguntaba a menudo: "¿Qué será la muerte?". — Si he de decir la verdad, no lo sabía, pero así y todo, la temía: tenía a la muerte un temor profundo: mas ya, dotado de una perseverancia excelente, me es tan indiferente que, para consolarme por la muerte de alguien, en ciertos cuentos, me digo: "Es su destino", y espero así hasta el fin.

De lo que estoy seguro, es de que nadie se librará de la muerte, porque la venganza de Dios sobre el hombre es privarle de la muerte, ¡y nadie hará tanto mal sobre la tierra como para merecer tan venganza del Altísimo.

En él confío, espero melibre de mis pecados y me tenga destinado un envidiable fin, contento de mi obra sobre la tierra: desde que contemple las comarcas etéreas: lo infinito de lo remoto: donde todo es belleza y bienandanza, y dónde todo dota de un divino candor: si seguimos los preceptos del Misericordioso, nos veremos entonces entremezclados por entre coronas de laureles, donde todos quisiéramos asistir, y donde viviremos para siempre y eternamente; y, también, desde donde nos daremos exacta cuenta desengañados ya de las apariencias de todo lo fuerte mientras su constitución es sumamente frágil y en extremo deleznable!...

Mas, ésto sólo es luego de habernos arriesgado a internarnos por entre ese campo donde germinan las espinas, abundan los obstáculos, pero, donde andaremos nosotros para que logremos llegar a nuestro destino, dónde conoceremos lo exacto y bienhechor del fruto por nuestro aprecio y amor sincero hacia todo aquello que no debemos temer y que se denomina en todo el mundo **EL BIEN!!!**

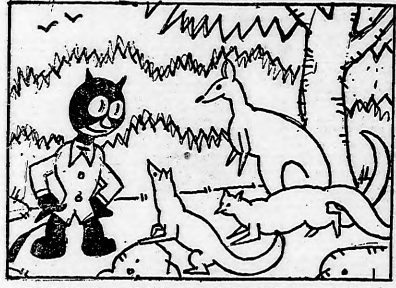
Luis Juan Módica Martínez

..(15 años de edad. Sarmiento 643).

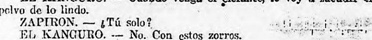
Aventuras del Gato con Botas

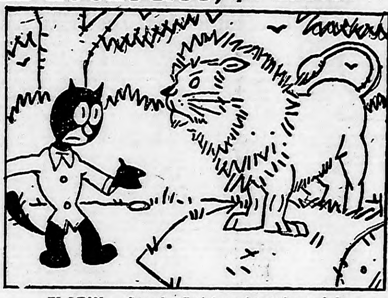


ZAPIRON DE PASEO EN EL ZOOLOGICO, por LINAGE

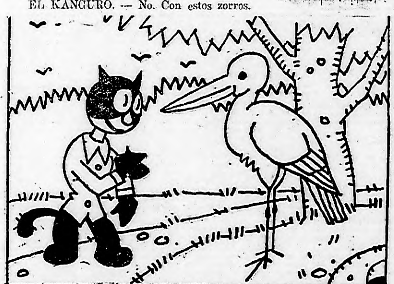


EL KANGURO. — Cuando venga el elefante, le voy a sacudir el polvo de lo lindo.
ZAPIRON. — ¿Tú solo?
EL KANGURO. — No. Con estos zorros.

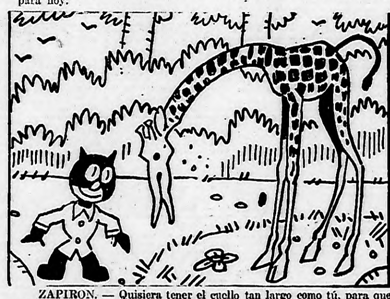




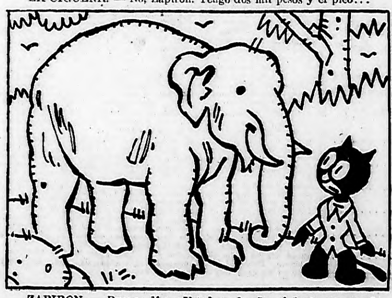
EL LEON. — Caracoles, Zapirón; cuánto te has tardado.
ZAPIRON. — ¿Y acaso tú me conoces?
EL LEON. — Ya lo creo. Como que eres el almuerzo que elegí para hoy.



ZAPIRON. — ¿Es cierto que solamente tienes dos mil pesos?
LA CIGUEÑA. — No, Zapirón. Tengo dos mil pesos y el pico...



ZAPIRON. — Quisiera tener el cuello tan largo como tú, para que cuando me diera mi mamá un caramelo, tardase mucho tiempo en pasar.



ZAPIRON. — Buenos días. ¿Usted es el señor elefante que enseña chistes y colmos?
ELEFANTE. — No. Yo únicamente enseño los colmillos.



ZAPIRON. — Bueno, adiós, señora Palmípeda. Yo no quiero oír más sus pato... chadas.